

Hija de la batuta

MARTHA BÁTIZ ZUK

Incluso la gente que no acude a conciertos de música clásica con regularidad, o que no ha ido a ninguno en toda su vida, conoce de alguna manera el trabajo de un director de orquesta: en todos los clichés es quien se mueve mucho y se despeina, y “con un palito revuelve los sonidos de los instrumentos.” Desde Mickey Mouse hasta Tom y Jerry han imitado la labor del director de orquesta, con exageraciones y a veces sarcasmo, haciendo parecer que aun sin ellos la orquesta puede tocar sola perfectamente. Hay gente que piensa que esto es cierto. Hay otra que piensa que para ser director de orquesta, se necesita saber tocar todos los instrumentos. Existen muchos mitos y pocas certezas en torno a la figura de un director de orquesta. Me vino a la mente esta reflexión, a raíz de que una amiga que no es experta en música clásica me preguntó exactamente cuál es la labor del director de una sinfónica. Pensé que, si mi amiga tenía esta duda, probablemente mucha otra gente se cuestiona lo mismo, y quién mejor que una hija de la batuta como yo para escribir unas líneas que pongan las confusiones en claro.

Ser hija de Enrique Bátiz, director titular de la Orquesta Sinfónica del Estado de México, me hizo tener una infancia peculiar, digamos. Los fines de semana, cuando la mayoría de las familias descansan y tienen actividades recreativas juntos, yo los pasaba paseándome por los camerinos y tras las bambalinas de los teatros donde fueran las temporadas de conciertos. Con una mamá pianista y un papá director de orquesta, todo escenario y sus camerinos se convierten en el hogar fuera de casa. Uno se acostumbra a recibir felicitaciones extrañas (“felicidades por ser hija de quien eres”, como si fuera mérito propio y no pura suerte); uno se

acostumbra a que sus papás vayan de gira y se ausenten con frecuencia, a que estudien el piano toda la noche mientras el resto de la gente duerme, y en la mañana duerman más (entonces yo era de las pocas niñas a la que sus papás nunca la llevaban al colegio); pero también uno se acostumbra a escuchar los ensayos, a conocer la delicadeza con que funcionan los pianos y las orquestas, y a aprender de la disciplina casi militar que la música requiere. Horas de estudio todos los días, ensayos todos los días, incluso durante las vacaciones (y las vacaciones se hacen, salvo extrañas excepciones, a lugares donde haya un piano disponible para practicar a diario al menos un rato). El público no especialista aprecia y comprende más fácilmente el trabajo de un solista, porque éste puede demostrar su virtuosismo cuando toca su instrumento, ¿pero el director? Es el que nunca falta y, paradójicamente, al que menos entienden.

El “palito” que los directores de orquesta utilizan se llama batuta, y está hecha de madera muy ligera (a veces tiene un mango de corcho), y debe ser tan liviana que apenas se siente cuando se la tiene entre las manos. Las batutas que a veces se hacen de plata o de otros metales son un bonito adorno, pero no se puede dirigir con ellas porque pesan mucho. La batuta es una extensión del brazo del director, y sirve, entre otras cosas, para que los músicos no pierdan de vista sus indicaciones, aun si están en las últimas filas de la orquesta. Con ella el director marca el ritmo de la música, e indica las entradas de los instrumentos (esto es, el compás preciso en que deben empezar a tocar). La gente a veces piensa que la orquesta podría tocar sola con sólo seguir las partituras, porque ahí están marcados los tiempos por escrito, pero pocos saben que para lograr la armonía que requiere la música clásica, se necesita de una coordinación de relojero suizo, y el encargado de lograrla es el director. Todos los violines tienen que tocar ciertas notas, las mismas, pero deben sonar todos juntos como si fueran un solo violín, no los quince o veinte que en realidad son. El desequilibrio que causa un segundo de retraso o adelanto de un solo violinista, incluso en una silla de atrás, puede estropear el trabajo de todos. El director, con ayuda de la batuta

y los gestos de su cuerpo y brazos, guía con exactitud a todos los músicos de cada sección de instrumentos, para que no se adelanten ni se atrasen, sino que toquen todos al ritmo que él indica. De otra forma, en vez de armonía hay caos, y la belleza se convierte en cacofonía.

La labor se complica cuando el director tiene que cuidar no sólo a cada sección de la orquesta –teniendo siempre especial cuidado cuando a algunos instrumentos tocan solos–, sino cuando hay solistas a quienes guiar y acompañar el ritmo, y cantantes o coros. Dirigir una ópera es un asunto muy complejo porque hay que tener la atención dividida entre el escenario (con los cantantes) y el foso (con la orquesta), cuidando las entradas y salidas de cada voz, de cada instrumento, y los ritmos y volúmenes de todos, para que un sonido no apague ni devore a otro, sino que se acompañen.

Para hacer todo esto, el director debe ser un músico profesional con pleno dominio de algún instrumento (piano o violín son los más comunes), y con la vocación suficiente para estudiar sus partituras con disciplina militar (en la partitura del director aparecen, por supuesto, las notas y compases que tocan todos los instrumentos, por eso suelen ser mucho más pesadas que las de los integrantes de la orquesta). El director tiene la obligación de conocer la obra mejor que nadie sobre el escenario, para notar cualquier error con tan sólo escucharlo, percibir notas desafinadas, y sobre todo, para recrear su propia interpretación de la pieza. Eso es lo que hace a los directores distintos unos de otros. El ímpetu, la fuerza con la que entienden la música se transmite hacia los demás músicos, y a partir de su esfuerzo conjunto, llega al público. Por eso se dice que a ciertos directores, que tienen cierto tipo de temperamento, les van mejor unos compositores que otros. Quienes sepan de música clásica comprenderán a lo que me refiero cuando digo que el director es el responsable de que Mozart tenga la ligereza que caracteriza la obra de este compositor, y su música no suene como algo que hubiera podido crear Beethoven. El director es quien imprime una huella digital única en la

pieza que se está tocando, y de ahí que el público se identifique con él y se deje llevar por la fuerza de la interpretación de la orquesta, o salga del concierto como si hubiera ido al cine a ver un churro. Por eso algunos directores tienen mayor éxito y renombre que sus compañeros: porque logran que el público vibre con la música y haya una conexión entre quienes están sobre el escenario y quienes están en el auditorio. Esa unión de pasión con precisión musical es idónea, pero en muchos casos escasa, ya que es producto no sólo del talento y virtuosismo artísticos, sino de un arduo trabajo de estudio individual, de compenetración y disección de la pieza por parte del director a solas, y de reconstrucción por parte de él y todos los músicos juntos.

El trabajo del director no termina ahí. En países como el nuestro, donde las orquestas no tienen presupuestos millonarios, el director tiene que elegir y planear los programas para cada concierto de la temporada con mucha anticipación, coordinar las invitaciones de los solistas cuyos honorarios la orquesta sea capaz de cubrir, y planear una agenda completa y balanceada de conciertos que atraiga al mayor público posible. Es necesario ensayar todos a diario con los músicos y luego atender todo asunto artístico y/o administrativo relativo a la orquesta y sus integrantes, a fin de que todo marche sin tropiezos. El trabajo no se termina cuando acaba el ensayo, ni al final del concierto. Cuando tantos temperamentos artísticos convergen en un mismo lugar, el trabajo no se termina nunca. Nada tiene límite cuando de alcanzar la excelencia musical se trata. Los directores que tienen carreras destacadas saben que en la misma medida en que exigen a sus compañeros músicos, ellos mismos tienen que cumplir y ser disciplinados. Ni una gripa, ni un funeral (tanto mi madre como mi padre dieron conciertos los días en que fallecieron mis abuelas), impiden que el trabajo se realice y se exija un desempeño a la máxima capacidad. El compromiso es profundo y total, abarca todos los instantes de la vida, no sólo ese par de horas en que el director está frente a la orquesta marcando ritmos y volúmenes con la batuta. Yo, como su hija, lo sé de cierto. ■